

Comunicaciones del I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia
Contemporánea de la AHC

Mesa: Historia Social:

protesta, relaciones en el mundo del trabajo.

LA ACCIÓN COLECTIVA Y EL CAMBIO POLÍTICO A
LA DEMOCRACIA. ALGUNAS CONSIDERACIONES
TEÓRICAS SOBRE EL CASO DE ALBACETE (1966-1977)

Oscar J. Martín García

Universidad de Castilla-La Mancha

1. EL CAMBIO POLÍTICO DESDE ABAJO.¹

Hasta el presente básicamente han sido dos los aparatos analíticos sobre los que se ha sustentado la cosmovisión del cambio político en nuestro país en la segunda mitad de los años setenta. De este modo, la transición a la democracia ha sido habitualmente presentada bien como el resultado más o menos probable de las profundas transformaciones socioeconómicas bien como una obra de ingeniería política, haciendo del caso español el “modelo mismo del moderno acuerdo entre elites”². Atendiendo a este tipo de explicaciones el papel jugado por la movilización de los sujetos colectivos en la recuperación de las libertades democráticas fue de una importancia muy menor. Es más, se ha llegado a argumentar que la principal aportación de los movimientos sociales al cambio democrático no fue otra que la de carecer de protagonismo en el desenvolvimiento del proceso. De hecho, según algunos teóricos de la conocida *transitología* que arraigó en la politología norteamericana durante la década de los ochenta y noventa “ninguna democracia política estable ha resultado de la transición de un régimen en el cual las masas han ganado control, incluso momentáneamente, sobre las clases tradicionalmente gobernantes”³. Se puede decir, en definitiva, que en los análisis sobre la transición han dominado factores normativos perfectamente congruentes con la progresiva identificación entre democracia y las formas más limitadas del liberalismo parlamentario tras las revoluciones del Este y la caída de la Unión Soviética a principios de los noventa⁴. Cosmovisión que no ha carecido de funcionalidad en nuestro país respecto a la consolidación del nuevo sistema democrático y la legitimación de su clase política pero que, sin embargo, ha dejado a un lado

¹ Esta aportación y la investigación paralela se desarrollan en el marco del subproyecto de investigación *Movimientos sociales en Castilla-La Mancha durante el segundo franquismo y la transición (1959-1979)*. HUM2006-14138-C06-03. Que forma parte del proyecto general *El largo camino hacia la democracia: cambio económico, movimientos sociales y construcción identitaria en la España meridional (1959-1979)*.

² GUNTHER, R.: “Spain: The Very Model of the Modern Elite Settlement” en HIGHLEY, J. y GUNTHER, R. (eds.): *Elites and Democratic Consolidation in Latin America and Southern Europe*. Nueva York, Cambridge University Press, 1992, p. 134.

³ KARL, T.: “Dilemmas of democratization in Latin America” en *Comparative Politics*, octubre 1990, p. 12.

⁴ Véase la introducción bajo el título “La democracia en Europa” en ELEY, G.: *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona, Crítica, 2003, pp. 5-17.

un factor explicativo fundamental como es el impulso por la democracia desde abajo que emergió en la España de los últimos años del franquismo.

Dicha subalternidad de los estudios sobre la interacción entre protesta y cambio político en la literatura sobre la transición ha sido justificada en el caso español porque, al fin y al cabo, Franco murió en la cama y la mayoría de los españoles nunca participaron en huelgas u otras acciones contenciosas contra la dictadura. No obstante, a menudo se ignora que el papel de la conflictividad social en un régimen determinado debe de ser valorado en función de la naturaleza de dicho régimen, pues es ésta la que determina la incidencia y el significado de la propia agitación⁵. Por lo que minimizar la importancia de la movilización social y del disenso político supone obviar la propia naturaleza de la dictadura, la cual fue radicalmente incompatible con el conflicto social, siendo cualquier trasgresión del orden público interiorizada por el régimen como una amenaza intolerable a combatir mediante la cruda represión que de forma habitual generó una creciente politización antifranquista en el interior y un mayor rechazo a la dictadura franquista en el contexto exterior.

Parece, por tanto, pertinente un conocimiento más profundo sobre la agitación popular y la oposición política que desgastaron a través de la protesta y de la acción colectiva las estructuras de la dictadura franquista. Planteamiento que no debe conducir a un yermo y abstruso debate en torno a los protagonismos exclusivos que elites o movimientos sociales pudieron ejercer sobre el cambio a la democracia. Sino más bien dirigirse a enfoques que sean capaces de integrar el cambio desde arriba con la presión desde abajo, pues -como añade Ruth Collier- estos “acercamientos son complementarios, cada uno de ellos captura un aspecto importante del proceso de democratización”⁶. Sobre esta cuestión cabe decir que en el periodo que va desde el nombramiento de Adolfo Suárez en julio de 1976 hasta la celebración de las primeras elecciones generales de junio de 1977 se fraguaron las líneas maestras de un nuevo contexto en el que la movilización social contra la dictadura fue dejando paso a la democratización pilotada desde la alta política. Bajo este nuevo escenario fueron los dirigentes reformistas del antiguo régimen y los líderes de los partidos de la oposición los que negociaron la implantación de un nuevo sistema democrático. No obstante el papel de dichas elites no se limitó a “escoger fórmulas desde arriba”, pues la elaboración de la agenda política de la democratiza-

⁵ YSÀS, P.: “La crisis de la dictadura franquista” en MOLINERO, Carme (ed.): *La transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación democrática*. Barcelona, Península, 2006, p. 31.

⁶ COLLIER, R. B.: *Paths Toward Democracy. The Working Class and Elites in Western Europe and South America*. Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 20.

ción estuvo fuertemente mediatizada por la presión social y giró en torno a las reivindicaciones (legalización, amnistía, libertad sindical, etc.) que durante más de una década emanaron de la protesta desde abajo. Como afirma Balfour, “las negociaciones que se llevaron a cabo en 1976 tuvieron como telón de fondo un estallido de actividad popular que influyó en gran medida en su resultado”⁷. No se puede soslayar, por consiguiente, la conflictividad social que precedió a las negociaciones entre elites y que influyó decisivamente en sus contenidos. A este respecto podemos decir, junto a Tarrow, que en el caso español la “prolongada lucha es una etapa esencial en la preparación del camino para que las elites diseñaran la democracia”⁸.

Por lo tanto, si como también apunta Tarrow, el estudio de la “naturaleza de los actores en la lucha y sus relaciones son críticas y será necesario prestar atención a ellas para comprender el resultado del proceso”, éste no puede encontrar su comienzo y origen en la fecha de la muerte de Franco. Si se atiende, en un enfoque propio de la historia social, a la “contribución a la deslegitimación y desestabilización del régimen autoritario y, por lo tanto, su papel en provocar la transición” de los diferentes sujetos colectivos⁹, entonces el “proceso de transición no se puede entender sin tener en cuenta la dinámica sociopolítica que se va a generar en el último decenio franquista”¹⁰. De hecho, comenzar a contar la “historia de la democratización española en este punto (tras la muerte de Franco) es centrarse en el último paso de un proceso más largo y perder de vista el importante papel del movimiento obrero”¹¹. Por lo que será necesario prestar atención al largo ciclo de protestas que, iniciado a mediados de los años sesenta, durante década consiguió socavar los pilares del franquismo y presionar decisivamente a favor de los derechos sociales y las libertades políticas.

Por otra parte, las monografías que hasta el momento se han encargado de analizar el papel de los actores colectivos en la recuperación de las libertades democráticas se han centrado básicamente en el estudio de los mayores centros urbanos y de las grandes concentraciones industriales del país. Como dicen Cobo y Ortega López “las prácticas de resistencia

⁷ BALFOUR, S.: *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*. Valencia, Edicions Alfons el Magnanim, 1994, p. 208

⁸ TARROW, S.: “Mass Mobilization and Regimen Change: Pacts, Reform and Popular Power in Italy (1918-1922) and Spain (1975-1978)” en GUNTHER, Richard: *The Politics of Democratic Consolidation*. Baltimore, John Hopkins Press, 1985, p. 208.

⁹ COLLIER, R. B.: *Paths Toward Democracy...*, op.cit; p. 111.

¹⁰ MOLINERO, C.: “Una nova mirada sobre la transició” en *L’Avenç*, nº 307, 2005, pp. 22-23.

¹¹ BERINS, R. B. y MAHONEY, J.: “Adding Collective Actors to Collective Outcomes. Labor and Recent Democratization in South America and Southern Europe” en *Comparative Politics*, nº 29, 1996-97, p. 286.

antipatronal y las reivindicaciones laborales sostenidas desde la década de los sesenta [...] por los numéricamente modestos colectivos de trabajadores urbanos de las provincias menos industrializadas, han sido relegadas a un segundo plano, cuando no abiertamente preteridas por la historiografía especializada de los últimos años”¹². “Marginación” historiográfica que también se ha producido con los trabajadores del campo, pues como señalan Sabio y Sartorius “cuando se atendió al conflicto social y a la primacía de la sociedad civil para explicar el proceso de emergencia de la España democrática, fue la acción obrera y la dinámica industrial-urbana la que concitó la atención prioritaria, dejando en una discreta penumbra a los trabajadores del campo o, en todo caso identificándolos plenamente con el sindicalismo industrial”¹³. Por lo tanto, si la historia social del final del franquismo y de la transición necesita de estudios que indaguen en la íntima relación entre la agitación social y la introducción de las demandas democráticas en la agenda política, también se hacen necesarias contribuciones que aclaren el comportamiento de los sujetos colectivos de la España agraria, rural y subdesarrollada, excluida de las políticas desarrollistas y víctima de la emigración. Con tal fin en la presente comunicación se prestará atención a los procesos que dieron forma a la contestación social y al disenso político que erosionó el crédito de las autoridades franquistas en la provincia de Albacete entre 1966 y 1977¹⁴. Para ello se ha prestado especial atención a las estructuras de organización y movilización de la protesta –especialmente a las redes e interacciones sociales informales-; a la creación de marcos de significado y la construcción social de una identidad colectiva; a la utilización de repertorios flexibles y, finalmente, a las oportunidades políticas o “dimensiones consistentes” del “entorno político que fomentan la acción colectiva entre la gente”¹⁵.

¹² COBO ROMERO, F. ORTEGA LÓPEZ, T. M^a.: “La protesta de sólo unos pocos. El débil y tardío surgimiento de la protesta laboral y de la oposición democrática al régimen franquista en Andalucía oriental” en *Historia Contemporánea*, nº 26, 2003, pp. 113-114.

¹³ SARTORIUS, N. y SABIO, A.: *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España. Noviembre de 1975-Junio de 1977*. Temas de Hoy, Madrid, 2007, pp. 228-229.

¹⁴ Esta comunicación se basa en las conclusiones obtenidas en MARTÍN GARCÍA, Ó. J.: *El cambio político desde abajo. Protesta y conflictividad social, Albacete 1966-1977*. Tesis defendida en diciembre de 2006 en la UCLM. Otros resultados ya han sido presentados en ORTIZ, M.; MARTÍN GARCÍA, O.J; y CASTELLANOS, J.A: “Historia social y política para una transición. El cambio desde abajo y la construcción de una nueva autonomía: Castilla-La Mancha” en *Historia Actual Online*, nº 11, 2007 (En prensa).

¹⁵ TARROW, S.: *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, Alianza, 2004, p. 45.

2. REDES INFORMALES E IDENTIDAD COLECTIVA.

La protesta en Albacete entre 1967 y 1973 fue de baja intensidad, episódica y aislada en un contexto de endurecimiento de la represión tras la ilegalización de Comisiones Obreras en marzo de 1967. Sin embargo, la cruda coyuntura represiva que durante estos años hizo imposible la organización de huelgas, manifestaciones o encierros en una provincia como Albacete no comportó la ausencia total de toda movilización. Circunstancia que ha pasado desapercibida para historiadores y demás científicos sociales tendentes a identificar las facetas organizativas de la protesta con las estructuras más formales de la acción colectiva, así como a interesarse por los aspectos visibles y los momentos de auge de los movimientos, sin prestar demasiada atención a la relación existente entre las fases de mayor visibilidad pública y aquellas de latencia de todo movimiento social¹⁶.

De dicha hipótesis parte nuestro interés por las redes relacionales que informan la silenciosa germinación del tejido social y simbólico sobre el que descansa la propia acción colectiva. Nos referimos al entretejimiento de una tupida red de relaciones sociales que desde finales de los años sesenta dio forma en Albacete a una micromovilización que facilitó los recursos para la eclosión posterior de una protesta más visible. Se trató de una movilización informal, engarzada en la base de la sociedad civil y sin visibilidad pública. Ésta se desarrolló sumergida en la vida cotidiana de las actividades, excursiones, merendolas, competiciones deportivas, asambleas, etc. organizadas en salones parroquiales, clubes juveniles, escuelas jocistas, cooperativas, institutos o tabernas de los barrios. A partir de esta micromovilización se fue tejiendo una densa red social que conectó las vivencias de jóvenes, vecinos, trabajadores, mujeres, estudiantes, etc. En su seno todos estos colectivos comenzaron a autorrealizarse, definieron quiénes eran y qué hacían, ensayaron nuevas formas de relación interpersonal y tuvieron sus primeras experiencias protopolíticas. Todo lo cual representó los primeros esfuerzos en la creación de una sociedad civil autónoma del Estado y de sus medios de socialización. De hecho, como apunta Manuel Ortiz Heras, a falta de “asociaciones legales, se articuló un tejido informal de relaciones que [...] fue creando una presión desde abajo que contribuyó poderosamente a la desaparición de la dictadura”¹⁷.

¹⁶ LARAÑA, E.: *La construcción de los movimientos sociales*. Madrid, Alianza Editorial, 1999, pp. 202-203.

¹⁷ ORTIZ HERAS, M.: “Movimientos sociales y sociabilidad en Castilla-La Mancha durante el segundo franquismo” en MATEOS, A. y HERRERÍN, A. (eds.): *La España del presente. De la dictadura a la democracia*. Madrid, Historia del Presente, 2006.

En estas fases de la acción colectiva, poco conocidas por su dispersión en los contactos informales que motearon el día de día en un contexto represivo, se fueron generando sólidos lazos de solidaridad que facilitaron la emergencia de la protesta cuando las condiciones políticas fueron más favorables. Como dice Mario Diani, los “vínculos establecidos en una determinada fase pueden facilitar nuevos cambios en un contexto diferente”¹⁸. Vínculos que también nos hablan de la racionalidad y de las capacidades estratégicas de los sujetos colectivos para amoldar sus estructuras de movilización al contexto político existente. De este modo se puede decir que la respuesta estratégica de los albacetenses más inquietos al periodo de dura represión entre 1967 y 1973 fue el conflicto de baja intensidad, la callada expresión individual del descontento y la elaboración de una red social generadora de una serie de recursos organizativos, simbólicos e identitarios que permitieron aprovechar los cambios posteriores en el escenario político. Por tanto, la ausencia de huelgas y otras acciones contenciosas de mayor calado en la provincia de Albacete no fue solamente una consecuencia de las condiciones del entorno político sino también de las propias elecciones estratégicas y adaptativas de los colectivos de descontentos oposición. Así pues, el periodo entre 1966 y 1973 puede ser visto como una etapa de micromovilización latente, de preparación y reunión subterránea de los recursos y herramientas necesarios para lanzar un conflicto más abierto y desafiante cuando la coyuntura política cambió a partir de 1974.

Por otra parte, durante la etapa final del franquismo las redes de relaciones informales hicieron las veces de cauces para la circulación tanto de recursos para la acción como de sistemas de significado más generales, basados estos en la elaboración de visiones específicas de la realidad circundante. Es decir, a partir de la participación en estas redes y contactos cotidianos los jóvenes, trabajadores, mujeres, vecinos, etc. confirieron un sentido a prácticas que de lo contrario hubiesen quedado aisladas. A partir del mencionado cúmulo de interacciones informales en clubes parroquiales, escuelas jocistas, institutos –o incluso en las dependencias del Vertical- fue emergiendo una identidad colectiva que dio sentido a la movilización, cohesión al antifranquismo y estableció lazos de solidaridad entre sus participantes. Dicha identidad hizo posible una definición colectiva del grupo de pertenencia, de la situación sufrida, de

¹⁸ DIANI, M.: “Las redes de los movimientos sociales: una perspectiva de análisis” en IBARRA, P. y TEJERINA, B. (eds.): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid, Trotta, 1998, p. 247.

los intereses comunes, de los objetivos y estrategias; convirtiéndose, así, en la plataforma para la movilización tanto de católicos como de comunistas.

Por esta razón dirigentes y militantes de la JOC, del PCE y curas obreros se afanaron por crear vínculos identitarios a través de marcos de significado que confiriesen un sentido a la participación en la protesta. Es decir, como apunta McAdam, aquellos más inquietos y activos trataron de “proponer una visión del mundo que legitime y motive la protesta”¹⁹. Para ello articularon discursos que hicieron hincapié en la injusticia sufrida y lo intolerable de la situación vivida en talleres y barrios de la periferia ya que “antes de que la acción colectiva pueda ponerse en marcha, la gente debe de definir colectivamente su situación como injusta”²⁰. Re-definieron, en otras palabras, como “injusto o inmoral lo que previamente era considerado desafortunado, aunque tal vez tolerable”²¹. Al mismo tiempo que acusaron como principales responsables de su situación a los patronos, a las autoridades sindicales y a los responsables municipales -en el caso de los vecinos de las barriadas-. No en vano la identidad propia se edificó sobre la construcción del enemigo mediante el emparejamiento antagónico de identidades²². Así, los movimientos antifranquistas buscaron definir un “nosotros” contrapuesto a un “ellos” con el objetivo de atribuir a empresarios y autoridades, como diría Hardin, maldades reales o imaginadas que justificasen la protesta²³.

Entre los militantes del apostolado obrero, del PCE y de la minoritaria extrema izquierda albacetense se dieron verdaderos esfuerzos por configurar un sistema de creencias orientado a la justificación de la acción colectiva como la herramienta más eficaz para solucionar los problemas en los tajos, talleres, oficinas, hospitales o barrios. Por ello no es extraño encontrar en publicaciones de la oposición, panfletos, alocuciones y *revisiones de vida* una ilustración de los militantes como actores legítimos de una protesta generalmente presentada en términos de éxito y triunfo. De esta forma se fue conformando toda una iconografía, un

¹⁹ McADAM, D.: “Cultura y movimientos sociales” en LARAÑA, E. y GUSFIELD, J. (eds.) *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid, CIS, 1994, p. 45.

²⁰ McADAM, D.: *The Political Process and the Development of Black Insurgency*. Chicago, University of Chicago Press, 1982, p. 51.

²¹ SNOW, D. y BENFORD, R.: “Master Frames and Cycles of Protest” en MORRIS, A. y McCLURGH, C. (eds.): *Frontiers in Social Movement Theory*. New Haven, Yale University Press, 1992, p. 137.

²² McADAM, D., TARROW, S., y TILLY, Ch.: *Dinámica de la contienda política*. Barcelona, Hacer, 2005, pp. 61-65.

²³ HARDIN, R.: *One for All. The Logical of Group Conflict*. Princeton, Princeton University Press, 1995, pp. 45-49.

lenguaje y una cultura política de la que, a pesar de la heterogeneidad sociopolítica del anti-franquismo, brotó una definición colectiva de la naturaleza injusta e inmoral de un régimen antidemocrático y represivo. Por lo que a partir de estas definiciones, discursos y marcos referenciales la restauración de las libertades democráticas fue un objetivo crecientemente “compartido por los movimientos de oposición a pesar de la diversidad de proyectos de cambio social que defendía cada uno”²⁴.

Por otro lado, este proceso de creación de marcos de significado sobre los que se asentó una identidad común antifranquista tuvo un carácter eminentemente social. Se trató, de hecho, de una construcción social de identidades colectivas que se tejieron sobre una tupida red de relaciones y contactos personales. Así, la movilización que se produjo en las postrimerías del franquismo en la provincia de Albacete no fue primariamente simbólica, ni tan sólo una interacción exclusivamente literaria entre tropos rivales. Al contrario, el estudio sobre Albacete demuestra que los significados e interpretaciones fraguados por los movimientos y organizaciones de la oposición se edificaron en atención al contexto socioeconómico y político en el que tuvo lugar su creación. Además, no hay que olvidar que los movimientos y organizaciones de la oposición se interesaron porque sus actividades, discursos y metas fuesen congruentes con los intereses, valores y percepciones de sus militantes, por lo que buscaron con denuevo la “credibilidad empírica” de sus discursos y la adecuación a los problemas cotidianos y expectativas de los militantes de base. Así, las representaciones culturales de la militancia obrera y vecinal de Albacete hicieron constante referencia a una dinámica laboral cotidiana marcada por las largas jornadas, los bajos salarios –incluso entre sanitarios y enseñantes-, los ritmos altos, la precariedad laboral, la insalubridad y ausencia de medidas de seguridad e higiene –también en las oficinas bancarias-, etc²⁵. Sin dejar de tener en cuenta las duras condiciones de vida en los barrios de la periferia en los que existió todo tipo de carencias en cuanto al equipamiento colectivo, así como una restringida accesibilidad social a la sanidad, a la enseñanza, etc. Todo ello insertado en un contexto de falta de derechos sociales y políticos, represión y miedo. Desoladora estampa la expresada en las revisiones de vida de la JOC, en las reuniones clandestinas del PCE o en las asambleas en fábricas y barrios que llevan a concluir que el deslumbrante desarrollo de los años sesenta se sustentó en la explotación laboral y ex-

²⁴ LARAÑA, E.: *La construcción de los movimientos sociales...*, op.cit; pp. 301-302.

²⁵ MARTÍN GARCÍA, O. J.: “Este banco me debe dinero”. Protesta, identidades y oportunidades en el sector de la banca albacetense en los años setenta” en *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, nº 5, 2007.

clusión política de la clase trabajadora. Un somero vistazo a las condiciones de vida en fábricas y barrios albacetenses ofrece una imagen que contrasta con la “crónica rosa” forjada en torno a las vivencias de los españoles durante el llamado segundo franquismo. De tal manera que un acercamiento a las experiencias cotidianas sustanciadas en discursos y marcos de significado contribuye a matizar, más allá de los fríos datos estadísticos, cualquier análisis sobre el desarrollismo que no suprima, como diría Maurice Dobb, la “frontera que existe entre lo que está de moda en denominar “factores económicos” y “factores sociales”²⁶.

3. OPORTUNIDADES POLÍTICAS Y CRISIS ECONÓMICA.

En Albacete, la conflictividad social y política que erosionó profundamente las estructuras de la dictadura franquista y entreabrió el camino hacia la transición democrática adquirió un perfil mucho más intenso y contencioso en el periodo que siguió a la muerte del presidente del gobierno Carrero Blanco en diciembre de 1973. Por una parte, dicho crecimiento de la protesta y del disenso estuvo íntimamente relacionado con la crisis política de la dictadura y el descarnado enfrentamiento entre sus elites, también apreciable entre la clase política local y provincial, que sucedió al asesinato del almirante²⁷. Por otra, también tuvo gran importancia la emergencia de “aliados potenciales” que hicieron que las reivindicaciones de diferentes colectivos (trabajadores manuales, técnicos y profesionales, agricultores, estudiantes, vecinos, etcétera) adquiriesen una ascendente capacidad de influencia sobre los detentadores del poder, así como un mayor acceso a la escena pública, destacando entre dichos “aliados” ciertos sectores eclesiales, algunas figuras locales de carácter aperturista procedentes del antiguo régimen y la aparición del diario *La Verdad*, propiedad de la Editorial Católica cercana a la ACNDP, a la jerarquía eclesial reformista y a sectores democristianos que desde dentro del régimen abogaban por la apertura. Todo ello conformó una coyuntura a nivel provincial en la que el poder político era más vulnerable o susceptible a las demandas y reivindicaciones de estos. Más aún cuando por aquel entonces se puso en funcionamiento desde el nuevo ejecutivo presidido por Arias Navarro una titubeante liberalización política que puso de relieve la ya clásica cita de Tocqueville según la cual el “momento más peligrosos para un

²⁶ Sobre este debate véase THOMPSON, E.P.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, Crítica, 1989, pp. 200-222.

²⁷ Véase SOTO CARMONA, A.: *¿Atado y bien atado? Institucionalización y crisis del franquismo*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, p. 120 y ss.

mal gobierno es aquel en el que intenta corregir sus métodos”. Así, el aumento de la agitación que se produjo en Albacete, pero también en el resto de España entre 1974 y 1977, demuestra que la apertura desde dentro, aunque tibia y con ramalazos represivos, facilita el aumento de la conflictividad y de la actividad política organizada al margen del Estado. Por lo tanto, se puede decir que el nuevo contexto sociopolítico existente a partir de 1974, caracterizado por la desunión interna en el seno de la coalición de poder, la confusa liberalización política y la aparición de nuevos “aliados”, produjo un aumento de la contestación social en la provincia de Albacete.

Bajo este escenario los movimientos y organizaciones de oposición recibieron del entorno político inmediato señales sobre la creación de una coyuntura más favorable. No obstante, aunque la conjunción de todos estos factores conformó objetivamente una coyuntura más proclive para la acción colectiva, ésta no devino de forma automática de los factores políticos. A este respecto tuvo gran valor la atribución interactiva de las oportunidades realizada por las organizaciones de la oposición, la prensa, los políticos reformistas e incluso los más inmovilistas. Sobre esta cuestión parece, por tanto, necesario prestar especial interés a la valoración e interiorización que hicieron los diferentes actores sociales sobre los acontecimientos ocurridos durante este periodo, plasmados en los discursos que mediaron entre las aperturas estructurales y las percepciones colectivas de la realidad social.

Si, como hemos visto, las oportunidades facilitaron el aumento de la agitación en Albacete, en su intensificación también estuvo presente la amenaza. Personificada ésta en la irrupción en 1974 de la profunda crisis económica que afectó especialmente a la principal actividad secundaria de la provincia, la construcción. De esta manera la amenaza impuesta por la crisis sobre las condiciones de vida de muchos trabajadores fue tanto o más poderosa que los posibles costes de la movilización. Así, ante un contexto de escalada galopante de la inflación, aumento del paro, endurecimiento de la posición patronal, política económica de rentas e ineficacia de la negociación colectiva, no pocos trabajadores albacetenses, anteriormente pasivos, encontraron en la acción contenciosa la mejor vía para solucionar sus problemas económicos y laborales. Sin embargo, en una provincia azotada por la autarquía de posguerra, el Plan de Estabilización, la emigración, la exclusión de la planificación indicativa, las malas cosechas y los desastres climatológicos, su clase trabajadora y campesina había lidiado anteriormente con verdaderas situaciones de privación en el más absoluto silencio y pasividad. En esta ocasión, el hecho que estimuló una mayor movilización al dejarse sentir los primeros

efectos de la depresión económica fue sin duda el contexto de inestabilidad política y crisis social. En estos términos, la respuesta de los trabajadores albacetenses a la crisis –a diferencia de una reacción espasmódica y repentina ante una situación de privación- estuvo íntimamente relacionada con la coyuntura política y con la crisis de la dictadura existente a la altura de 1974. La crisis económica actuó como catalizador en un contexto de apertura de oportunidades en el que la clase obrera puso en funcionamiento todos los recursos almacenados durante largos años de bonanza económica para aprovechar la vacilación política en la que se veía inmerso el franquismo. Así visto, se puede concluir que a partir de entonces fueron más los albacetenses que comenzaron a intimar con la contestación sociopolítica bajo una coyuntura de inestabilidad política, depresión económica y apertura de las oportunidades, que hizo de la acción colectiva un instrumento de creciente eficacia para presionar por las reivindicaciones tanto económicas como políticas.

La muerte del dictador en noviembre de 1975 abrió un nuevo escenario en el que se expandieron las expectativas de la militancia obrera y de la oposición política. Como dice Pérez Ledesma las “oportunidades políticas abiertas tras la muerte de Franco influyeron decisivamente en el aumento de la conflictividad”²⁸. Ésta se tradujo en 18.000 intensas huelgas. La propia Dirección General de Seguridad reconoció que durante 1976 “prolifera conflictos laborales en toda España y, aun cuando existen motivaciones comprensibles, y hasta justas, parece evidente que en el fondo responden a una orquestación de los grupos subversivos, cuya meta es la huelga general política”. En Albacete, los efectos de la muerte del dictador generaron un nivel de agitación hasta entonces nunca visto en esta provincia manchega durante la dictadura: huelgas, encierros, boicots, sentadas, cartas colectivas, manifestaciones, recitales de canción protesta...y no sólo en la capital sino también otras localidades como Villamalea, Almansa o Hellín. No en vano, desde finales de 1975 se produjo una generalización sectorial y geográfica de la agitación sociopolítica que dio al traste con cualquier intento gubernamental de liberalización limitada que no llevase consigo una verdadera democratización. Como señala Xavier Doménech, el “gran ciclo movilizador del año 1976 afectó casi a toda España, en muchos lugares significó la aparición del conflicto laboral abierto por primera vez y también se incorporaron a la conflictividad sectores hasta entonces nunca vistos”²⁹.

²⁸ PÉREZ LEDESMA, M.: ““Nuevos” y “viejos” movimientos sociales en la transición” en MOLINERO, C. (ed.): *La transición, treinta años después...*, op.cit; p. 131.

²⁹ DOMÉNECH, X.: *Quan el carrer va deixar de ser seu. Moviment obrer, societat civil y canvi politic. Sabadell 1966-1976*. Publicacions de L'Abadia de Montserrat, 2002, pp. 327.

Fue entonces, durante los meses que sucedieron al ocaso del dictador, cuando la protesta en Albacete y en el resto de España arreció en la batalla definitiva por la democracia, deslegitimando socialmente la presión desde abajo las timoratas reformas iniciadas desde arriba por el gobierno de Arias Navarro, y acelerando el camino hacia una verdadera democratización que fuese más allá de las alicortas reformas ensayadas hasta entonces. Bajo este contexto de profunda convulsión social la protesta en la calle logró introducir la demanda de los principales derechos sociales y políticos en la agenda política institucional. En definitiva, el estudio de lugares como Albacete pone también de relieve que las “negociaciones de los políticos tienen un corto alcance sin el suelo firme” que abonaron aquellos que osaron participar en la acción colectiva contra la dictadura franquista y desarrollaron una cultura democrática esencial para el reestablecimiento de las libertades en España.